



Pecados  
Ardientes

Una Novela romántica impregnada  
de lujurias inesperadas



ARIEL OMER

**Pecados Ardientes. Una Novela romántica impregnada  
de lujurias inesperadas**

**Ariel Omer**

# Tabla de Contenidos

[EL DESTINO ENTRE DOS MUNDOS](#)

[UN BESO CON SABOR A SACRILEGIO](#)

[ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO YO ESCOGÍ EL INFIERNO](#)

[EL DESEO DE LO CARNAL TERMINA CON EL SACRIFICIO DE LA VERDAD](#)

[OTROS LIBROS RECOMENDADOS DE NUESTRA PRODUCCIÓN:](#)

## EL DESTINO ENTRE DOS MUNDOS

Antes de ti yo no creía en el amor ese del que cuentan, los dramas no me robaban la calma, pero al verte todo cambió, esta historia que vivimos me cambió. Se dice que todos sabemos que un amor es verdadero cuando duele tanto como me duele a mí. Dicen que esto es pasajero, pero qué saben los demás de lo que vivimos a puertas cerradas cuando ellos no ven, cuando ellos no escuchan.

Llegaste a mí sin previo aviso, sin mencionarlo, sin siquiera dar un indicio.

Soy Alexandra Herrera, hija de Fausto y Tomasa Herrera, dueños de uno de los mejores bufetes de abogados del país, hija única y consentida, pero no tanto como creen. Soy alguien normal, sin mucho que decir de mí; no soy de muchos amigos, no me gusta coleccionar hipócritas, soy parte de la sociedad élite de mi ciudad, Ciudad Cristal.

Nacida en cuna de oro, según me caracterizan muchos, aunque yo no lo veo así.

Tengo 19 años de edad, estudio medicina, me obligo a mí misma a dar el mil por ciento siempre en todo; mis estudios es lo que más me importa, no veo algo más importante que el futuro.

El amor no es primordial, eso me decía, el hecho de pensar siquiera en estar con alguien era absurdo, tonto, sin sentido; tener una relación amorosa no estaba en mis planes.

Es gracioso cómo juega el destino con nosotros; cuando menos buscamos, más conseguimos. Cuando menos queremos, más obtenemos; así va la vida: mientras menos somos, más nos dan, y cuando más somos, a veces nos dan menos.

Como ya dije, mi nombre es Alexandra Herrera y les contaré una historia algo irreal, un poco absurda y quizás hasta sin importancia para algunos; les contaré la historia más importante para mí. Les contaré cómo rogué que no me dijeran adiós y cómo terminé diciéndolo yo al final.

Un día común y corriente, un día como cualquier otro, la mañana avanzaba para convertirse ya en mediodía, mis horas de clases transcurrían normalmente, no había nada de raro, el reloj hacía tic-tac y las manecillas giraban como correspondía.

El timbre sonó, era hora de salir, sabía que no tenía una clase, así que podía regresar a mi casa, relajarme un rato y, quién sabe, tal vez ver una película o cualquier cosa.

Me dirigía a mi casa pasando por una calle llamada “El destino”; todas las calles de mi ciudad tenían nombres así, no sé quién pudo inventarles ese tipo de nombres, algún poeta reprimido o quizás algún alcalde loco y desquiciado o, en la repartición de nombres, nos tocó ser perdedores; lo cierto es que las calles tenían nombres así, nombres como títulos de novelas, nombres que parecen absurdos, pero que de alguna forma eran lindos a la vez, a su manera.

En esa calle “El destino” había una pequeña iglesia, una iglesia que se veía tan mínima y fuera de lugar que nadie la visitaba, solo las mismas viejitas que se la pasaban con sus velos de encaje con una biblia y rosario en mano; no eran muchas, siempre se veían como una legión muy devota, aunque eran algo imprudentes.

Esa iglesia tan insignificante se ha convertido en un punto de referencia para mí ahora.

Recuerdo cómo mis cuadernos se cayeron todos de mis manos al ver que de un auto se bajaba él, aquel chico que iba a convertir mi vida en un caos infernal, aquel chico que desordenaría mi vida en tantos sentidos que no habría perdón de nadie.

Mis ojos no se apartaban de aquella iglesia, de aquellas legionarias en la puerta esperando a aquel hombre; mis ojos no se despegaban de la silueta de aquel que con vestimenta negra llegaba con maletas y demás. Estaba viendo un espejismo o era una mala jugada, eso no lo sabía; lo único que sabía era que sentimientos que estaban reprimidos, casi que encarcelados, estaban haciendo una revolución dentro de mí.

Estaba hipnotizada, pero como todo trance, se debía terminar, y todo se acabó cuando escuché lo

que dijo una de esas viejas legionarias:

—Qué bueno que enviaron a un sacerdote joven, esto le dará más vida a la iglesia.

Mi vida se quería derrumbar, vi a alguien que por fin me gustaba y era un sacerdote; mis oportunidades, si tenía alguna, estaban muertas, así que como fue un enamoramiento a primera vista, se debía terminar tan rápido como empezó, por lo que seguí mi camino, pero antes de cruzar la calle volteé una última vez, quería ver una vez más ese rostro de santo. Cuando lo hice, puedo jurar que así nomás me enamoré, él estaba observándome con una sonrisa tan tierna y delicada, aquel sacerdote no me despegaba la mirada de encima y yo tampoco dejé de verlo.

Por un minuto el mundo se detuvo, su mirada y la mía colapsaron al punto de que solo nos veíamos nosotros, chocamos con las miradas.

Las miradas pueden ser tan fuertes y tan representativas, significan amor, odio, miedo y tristeza, a veces dan alegría y otras preocupación, las miradas hablan, tal vez no con palabras, pero eso es lo mejor, porque a mi parecer las miradas en realidad son el dialecto del alma y no hay nada más puro que el alma.

Esa tarde en mi casa, ya en mi habitación, no podía dejar de pensar en aquel hombre del cual ni el nombre me sabía, no podía dejar de pensar que él me había visto, no podía dejar de imaginar que él estaba igual que yo.

Todo transcurrió normal después de eso, no lo volví a ver más sino hasta el domingo, cuando acompañé a mi madre a la misa dominical.

Mi madre es una mujer muy religiosa, su madre, la madre de su madre y así sucesivamente eran mujeres entregadas a Dios y a su familia. Mi destino era seguir sus pasos, pero la religión no era lo mío, la verdad es que aún soy escéptica, incluso el hecho de pensar en un Dios que nos gobierna, un ser invisible que mueve hilos para hacer y deshacer con nosotros a su merced lo veo como algo ridículo y hasta macabro, más que hermoso.

El tercer banco a la izquierda, allí me encontraba, mis manos sudaban, mi cuerpo temblaba; sabía que él estaría, sabía que en la sacristía él se pondría las vestiduras, sabía que él estaría allí siendo vocero de aquel Dios del que hay tantos devotos.

La misa empezó, todo transcurría normalmente; la verdad, era algo monótono, solo se cambian palabras y sermones, pero al final era lo mismo siempre, hablar y hablar, buscar posibles pecadores y señalarlos sutilmente.

La misa terminó y, casi como un grito de gloria, quise salir de allí. Mi madre, como de costumbre, empezó a saludar a todo el mundo, era parte del protocolo de la familia Herrera; el hecho de ser conocida en esa ciudad por tener aquel apellido era agobiante.

A las afuera de la iglesia, en aquellas imponentes puertas de madera que ya estaban tocadas por el tiempo que llevaban puestas, me encontraba yo esperando aún a mi madre; en ese momento, detrás de mí una voz gruesa con un acento peculiar me dijo:

—La religión no es lo tuyo.

Para mi sorpresa, era aquel sacerdote que había hecho mi mundo volar en dos segundos después de haberlo visto.

—¿Se nota tanto?—, le pregunté.

—Un poco nada más. Es un gusto, mi nombre es Ángel.

Un nombre que combinaba con su aspecto, alto, de piel morena, de ojos café, se notaba que le gustaba el ejercicio, de cabellos negros, todo un ángel hecho hombre.

—Es un placer, mi nombre es Alexandra.

—Sé quién eres. Todos hablan de ti por aquí, eres hija de aquella mujer que tiene un complejo de diva al parecer.

—Qué te puedo decir, así es mi madre.

Cuando todo se había puesto a mi favor, mi madre se dignó a salir.

—Es hora de irnos, hija.

—¿Ahora sí?

No quería irme, deseaba quedarme, pero el destino es tan cruel; para estar en la calle que se llama “El destino”, no tenía oportunidad de tener uno.

—Nos veremos luego, Alexandra, ten un buen día.

—Tú también ten un buen día, Ángel, ¿puedo tutearte, verdad?

—Por supuesto.

Su sonrisa y su mirada, mi sonrisa y mi mirada eran obvias, tanto así que mi madre lo notó; al fin y al cabo, una mujer con la reputación que tiene debe ser así de astuta.

—¡Es hora de irnos, Alexandra!

Ese fue el primer encuentro con el destino, el primer encuentro con aquel que iba a desordenar mis demonios; este fue el primer encuentro con el destino que se convertiría en amor y en destrucción.

## UN BESO CON SABOR A SACRILEGIO

Los días pasaron, las semanas, las horas, los segundos y los minutos, no volví a ver a Ángel. Me ocupé en mis estudios; mi madre se había dado cuenta de todo, por lo que para mantener la fachada perfecta que tanto le había costado obtener, hizo que el chofer me llevara y trajera de la universidad.

¿La calle destino? Se esfumó del mapa, nos íbamos por otro lugar, otras calles, otras avenidas, todo con tal de no pasar por la iglesia donde se encontraba aquel hombre. El hecho de que mi madre me prohibiera ir a la iglesia era algo grave y preocupante, significaba que mi madre temía que algo ocurriera entre el sacerdote y yo.

Un miedo algo absurdo y a la vez no tanto, todo eso me había hecho ilusión; la verdad era que si mi madre temía que pudiese pasar algo entre nosotros, significaba que algo sí pasaba, él ya me gustaba y quizás yo también le gustaba.

Mis sentimientos estaban abrumando mi ser, era un sacerdote, un hombre de Dios, él ya había decidido venderle su alma a aquel que todo lo ve, yo no tenía cabida en todo eso. ¿O tal vez sí?

Más de dos semanas, casi tres habían transcurrido ya, y no había ni señales ni rastros de aquel hombre. Me preguntaba si pensaba tanto en mí como yo en él, pero eran pensamientos banales, pensamientos que iban y venían.

Al tiempo incluso me resigné al hecho de que jamás íbamos a estar juntos, era absurdo pensar eso; jamás iba a dejar su sacerdocio por mí y la verdad yo no iba a dejar ciertas cosas como mi propia libertad por él.

Ese amor estaba destinado a fracasar a como diera lugar, sin mencionar el hecho de que no sabía si sentía lo mismo hacia mí, cosa que, siendo honesta, dudaba cada día más.

Recuerdo que ya habían transcurrido como dos meses aproximadamente desde aquel acontecimiento y ya no pensaba en él, todo se había borrado de mi mente como si nunca hubiera sucedido.

Estaba ansiosa por las vacaciones de verano, las esperaba con desesperación, quería relajarme, no pensar en los estudios por un rato, estar en casa, salir con mis amigos, cosas de chicos, como diría mi abuela.

Recuerdo que esa misma tarde que comenzaron las vacaciones, empezaban en la ciudad unas fiestas patronales, eran sobre un santo que la verdad ni recuerdo su nombre. Como no me importan mucho esas cosas, no les daba la menor importancia, pero la ciudad se vestía con luces, fuegos artificiales, las calles se adornaron de una manera tan espectacular que era irresistible no quedarse viendo cada rincón.

Elizabeth, mi mejor amiga, me sonsacó para que la acompañase a la fiesta en la Avenida Sacrilegio. Habría música, bailes típicos y comida a montones, pues la estaba patrocinando mi familia al parecer y ni me había dado cuenta de ello.

Decidí ir, toda la ciudad estaría allí, no me iba a quedar sola en mi habitación mirando el techo.

Se hicieron las 7:30 pm, Elizabeth llegó a mi casa a recogerme.

—Amiga, apúrate, ya van a empezar los bailes y sabes que muero por verlos.

—¿Los bailes o los bailarines?

—Bueno, que sean ambos.

—Tú no cambias, mujer.

—Jamás, además, va a bailar el súper bombón del sacerdote, imagínate a ese hombre solo con un taparrabo. No me lo pienso perder.

Todo iba tranquilo hasta el momento en que ella lo nombró, era como si te revolvieran todo dentro de ti; él estaría allí y, mejor aún, estaría con poca ropa. No entendía el motivo por el cual pensaba

solo en eso, ver su cuerpo bien trabajado, esa sonrisa tan blanca como perlas, ese cabello, esa mirada, por Dios, esa mirada que me hacía volver loca.

Así que rápidamente le dije que nos fuéramos, era algo extraño de que yo la apurara para irnos, ella no lo entendió y eso fue bueno, no quería dar explicaciones al respecto.

Llegamos a esa avenida de nombre tan estúpido y que me hacía sentir incómoda por alguna razón. Entre la multitud se encontraba mi madre repartiendo quién sabe qué, con su cara de mujer devota, buena y honorable, típico de ella; por otro lado estaba mi padre hablando con el alcalde y con el comité de organización, que estaba encabezado por el alguacil de la ciudad y por el obispo mismo.

Recuerdo que mi amiga estaba como niña chiquita viendo y con la boca abierta, toda emocionada por todo eso; a lo lejos se escucharon unos tambores, eso significaba que era momento del baile, así que sin pensarlo le tomé el brazo a Elizabeth y nos fuimos a donde tenía lugar el baile. Al llegar y ver a los bailarines mis ojos se dispusieron a buscar a Ángel de izquierda a derecha, pero no lo veía; me imaginé que al final no bailó, pero de repente de una esquina salió aquel hombre con un taparrabo tipo indígena.

Ese cuerpo tan definido, unas piernas muy tonificadas, ese rostro tan varonil, con una pose que de alguna manera me causaba excitación.

Mi cuerpo se estremecía con cada paso que él daba, sentía cosquilleos, sentía que algo dentro de mí se empezaba a calentar, no sabía cómo ese hombre me podía hacer sentir eso, pero lo hacía y la verdad me gustaba.

Dos meses habían transcurrido, y con solo verlo me hacía sentir así; ¿cómo podía un hombre que le entregó su vida a Dios hacerme sentir una completa pecadora?

El baile terminó y Elizabeth y yo nos dirigimos a la mesa de comida para buscar algo de tomar y de comer; en eso, a mis espaldas, llegó Ángel aún con su traje del baile.

—Hola, Alexandra, ¿cómo estás?

Mi mundo se estremeció, se sabía aún mi nombre, aún recordaba mi nombre y quién era; tomé aire y le contesté:

—Yo estoy bien, gracias por preguntar, ¿tú cómo estás?

—Yo muy bien, la verdad.

Un silencio invadió la atmósfera, solo me miraba y sonreía, yo solo lo miraba e igual sonreía. Elizabeth captó las miradas que nos delataban ante cualquier persona, entonces interrumpió aquel momento tan personal.

—Estuvo muy lindo el baile, no sabía que el sacerdote podía participar con tan poca ropa.

—Soy sacerdote, pero también soy un hombre como cualquiera; además, les hacía falta uno más y siempre es bueno intentar cosas nuevas.

—Con tan poca ropa hasta yo intento cosas nuevas.

Imprudente como ella no había dos, esa mujer vivía pensando con su vagina en vez de con la cabeza.

—Disculpa a mi amiga, es tan imprudente y sin decencia.

—No te disculpes, está bien todo, me causa gracia; aquellas señoras hasta me tocaron el trasero y todo con la excusa de que tenía un sucio en mi taparrabo.

—Estás siendo acosado entonces, al parecer.

—Seguro necesitaré un guardaespaldas la próxima vez que salga.

—Me ofrezco de voluntaria a defender al padrecito, entonces.

No sé por qué dije eso, la verdad se me escapó; me quería morir de vergüenza, pero ya lo había dicho, no había vuelta atrás. Él solo sonrió y con su mano rozó mi mejilla con una delicadeza tan perfecta que juro que lo quería besar hasta quedarme sin aliento, pero tenía que aguantarme, eso

no podía pasar.

—Debo ir a cambiarme, ¿me acompañas? Necesitaré que alguien vigile el perímetro.

—Qué gracioso, pero claro que sí; además, sería bueno seguir platicando.

Eso había sido una sentencia de seguro; en ese momento no lo sabía, pero las cosas a partir de aquí se pondrían intensas.

Llegamos a la casa parroquial, donde entramos a su habitación; dentro de la misma había un baño privado, así que mientras él estaba en el baño yo estaba escudriñando sus cosas. Mi madre siempre me dijo que el cuarto de un hombre es su mayor aposento, por lo que podría adivinar muchas cosas gracias a lo que allí tenía.

A lo lejos escuché la ducha, estaba quitándose el maquillaje y toda la cosa; las ganas de abrir esa puerta eran indescriptibles, pero sabía que no podía, no debía. Me controlé y pensé qué pasaría si las cosas se salieran de control.

Entré a buscar y averiguar; me dejé llevar y no escuché cuando él salió de la ducha y, al voltearme, me encontré con un hombre demasiado guapo para este mundo, mojado y cubierto solo por una toalla: mis deseos de mujer estaban a punto de explotar y no podría controlarme después de eso.

—¿Por qué estás así tan rara? Ten calma, no me vestiré en tu presencia, solo vine a buscar mi ropa para cambiarme en el baño. Por favor, pásame mi desodorante.

Tomé el desodorante y fui a dárselo cuando el piso mojado me traicionó, resbalé y, antes que mi cuerpo tocara, el piso él me atajó.

Estábamos en un punto muerto, él encima de mí, su cara y la mía estaban a unos milímetros de distancia, sus labios y los míos podían sentir el calor del otro, todo estaba en un punto en que ya ninguno de los dos era dueño de sus actos, tanto así que solo cerré mis ojos; al hacerlo sentí que sus labios y los míos se tocaban, un beso incómodo, pero tan perfecto, sus labios y los míos

danzaban entre ellos, era algo tan inexplicable que hasta hoy no puedo explicar las múltiples sensaciones de ese momento.

Pero todo debe terminar, mi cerebro reaccionó al momento, lo aparté de mí, mi mirada de terror era casi imborrable, había besado a un sacerdote, había besado a un hombre de Dios. No era creyente, pero de que era algo malo, lo era; quería morir en ese momento. Él solo me veía sin decir ni una sola palabra, hasta que de pronto el silencio se rompió.

—Lo lamento tanto, no era mi intención. Yo solo...

—No digas nada, aquí no pasó nada.

—Pero Alexandra...

—Dije que nada pasó.

Salí corriendo de aquel lugar, mi cuerpo se estremecía. Por un lado estaba molesta conmigo, pero por otro estaba feliz, él me había besado y eso significaba que le gustaba; mis sentimientos estaban muy cruzados, pero de algo estaba segura y era que ese beso iba a ser el principio de muchas cosas.

-

## **Recibe Una Novela Romántica Gratis**

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

## ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO YO ESCOGÍ EL INFIERNO

Pasaron varios días después de aquel beso, varios días en los cuales yo no quería ver a nadie; estaba con pensamientos e ideas algo difusas, no sabía qué hacer, había llegado el domingo de nuevo y no quería ir a misa y mucho menos verlo a él.

Mi madre me obligó a ir a misa ese domingo, iba a ir de seguro, pues a mi madre nadie le lleva la contraria.

Me dispuse a vestirme lo más cubierta posible, prácticamente parecía un bollo de tanta ropa que me había puesto.

No quería que él me viera.

Al llegar a la iglesia él estaba afuera dando unos folletos de quién sabe qué, me quería morir, no quería que me viera, no quería saber nada de él, pero como cosa típica de mi madre, que tenía complejo de diva, debía saludar a todo aquel que le pasara por el frente.

—Hola, padre Ángel, hace un par de días que no lo veía.

—Sí, estaba de viaje por asuntos personales, ya sabe cómo es todo esto del sacerdocio.

—Es algo noble, la verdad.

—Así es, muy noble y honesto. Igual que la carrera de abogacía, que es algo muy noble.

—Sí lo es, es algo que llena ayudar a las personas.

—Aunque hay personas que ensucian la noble carrera.

—Sí, pero bueno, no todos pueden ser tan limpios y transparentes como nosotros, ¿no es así?

—Eso parece.

Una conversación con doble sentido; esos dos no se llevaban muy bien al parecer. Era extraño,

pero no le presté mucha atención en ese momento, pensé que era un roce como cualquier otro.

—Hola Alexandra.

—Hola, padre.

—Puedes llamarme Ángel, recuérdalo.

—Eres un sacerdote, y como tal te mereces el respeto que mereces.

—Puedes tutearme cuando quieras.

—Supongo que sí.

—Debemos hablar de lo que pasó.

—No hay que hablar de algo que no pasó.

—Hablaemos de eso, pero será luego.

Imponente y algo soberbio, su carácter era algo que admito volvía loca a una mujer; a fin de cuentas, a qué mujer no le gusta un hombre con autoridad, se ve más masculino y más irresistible.

La misa transcurrió normal, ni hace falta mencionarlo; era tan monótona, algo igual, pero con algunas palabras diferentes, aburrida y sin sentido. No sé cómo los sacerdotes pueden hacerlas hasta 5 veces al día, es tan tedioso.

Al finalizar la sacristía o el sacrificio, como le digo yo, Ángel, entre la multitud, me toma del brazo y me jala hasta pasar por una puerta que había por allí oculta, por donde pasaban los sacerdotes en ocasiones especiales, al parecer.

Esa puerta te conducía a un jardín pequeño que había detrás de la casa parroquial; allí Ángel me tenía con fuerzas de los brazos. no me soltaba, quería que hablara con él.

—Tenemos que hablar de aquel beso, tenemos que discutir lo que sucedió y lo sabes muy bien.

—¿Qué quieres hablar, sinceramente? Solo fue un beso que no debió pasar eso es todo.

—No es todo, Alexandra, mírame a los ojos y dime si no sentiste algo con aquel beso.

—¡Cállate! No digas eso, no debió pasar ese beso, Ángel, entiende eso. ¡Eres un sacerdote!

—También soy un hombre, y mi cuerpo y mi ser me piden y me gritan que te busque y que te esté contigo en todo sentido.

En ese punto le tuve que dar una bofetada, me parecía que estaba hablando sandeces y que estaba faltando a una promesa que hizo al convertirse en sacerdote.

—Ya no más, Ángel, esto debe acabar antes de que empiece y empeore.

—Esto ya empezó. No te das cuenta, Alexandra, yo vine aquí a hacer mi trabajo y te vi y no sé, pero era como que si tú serías la mujer para mí.

—Ángel, ya no más, eres un hombre de Dios y no voy a ser yo quien te aparte de Él o de lo que sea, no seré yo el motivo de habladurías ni quiero que me vean como pecadora por haber hecho que un sacerdote se saliera y faltara a sus votos.

—Qué importa el mundo, tú quieres estar conmigo y yo quiero estar contigo, Dios dijo que debemos amarnos unos a los otros y yo te quiero a ti y tú a mí.

—Esto está mal.

—Yo creo que todo está bien.

—Esto va a terminar muy mal.

—Si termina mal, entonces hagamos que todo esto empiece bien.

Mis ganas le ganaron a la razón, nos besamos como jamás habíamos besado a alguien, todo se selló con aquel beso, nos besamos como si no hubiese mañana; el sacerdote y yo aceptamos que nos gustábamos y que una relación había comenzado.

## **EL DESEO DE LO CARNAL TERMINA CON EL SACRIFICIO DE LA VERDAD**

Aquel día, después de habernos dado el sí a todo entre Ángel y yo, me dirigí a mi casa toda emocionada, feliz, llena de alegría, pero angustiada; algo dentro de mí me decía que todo esto iba a desatar un demonio escondido. No sabía en aquel momento lo que iba a ocurrir, pero el desastre estaba a punto de llegar; el final de algo que apenas comenzaba, el deseo de querer estar juntos me lo iba a arrebatarse el ser que menos pensé.

Dos días después de eso, me dirigí a la iglesia a ver a Ángel; él estaba cambiando unas bombillas de la iglesia, estaba sin camisa, algo sudado, eso me encendió. Todo recordaba una película porno, el calor dentro de mí me recorría, me mordía los labios constantemente, ver la forma en que el sudor recorría y pasaba por su cuerpo era algo tan excitante que no resistí más.

—Te ves tan sexy así como estás.

—¿Estás aquí? No sabía que vendrías.

—Bueno, si esto será algo a escondidas debe empezar pronto, uno nunca sabe qué lo puede arruinar.

—En eso tienes razón.

Luego de eso me besó fogosamente, el beso no terminaba; mientras nos besábamos, sus manos empezaron a desabrochar mi blusa lentamente, dejando al descubierto mi brasier; yo desabrochaba su cinturón poco a poco para quitarle el pantalón. Pero él me detuvo en ese momento.

—Aquí no podemos hacer esto, alguien puede entrar. Vamos a mi habitación.

Accedí sin poner peros, al contrario, me le abalancé encima y él, sosteniéndome con sus manos en mi trasero, nos fuimos mientras nos seguíamos besando sin perder ni un segundo.

Al llegar a la habitación, la magia empezó.

Mi blusa desapareció de mi cuerpo, su cinturón salió volando, el botón de su pantalón se disparó para no regresar y en menos de cinco minutos ya estábamos los dos en ropa interior acostados en la cama.

Su pene estaba ya erecto aún escondido en sus boxers, lo rozaba contra mi vagina que todavía estaba guardada en mis pantis.

La respiración era señal de que ambos estábamos ya en el clímax, nos costaba respirar, no decíamos ni una sola palabra, nuestros cuerpos era los que hablaban, sus manos subían y bajaban, las mías sostenían su espalda y no la soltaban.

En un momento mis manos bajaron hasta tocar su boxers, atrevidamente comencé a bajarlos hasta dejar al descubierto sus nalgas, las tocaba y agarraba como si fueran otra cosa.

Es gracioso cómo las manos se vuelven seres con mentes propias y suben y bajan, tocan y agarran todo lo que encuentran.

Rompió mi brasier, ya que no pudo desabrocharlo y no me importo ni un poco, estábamos tan excitados que no importaba lo que sucediera en aquel momento.

Mis senos quedaron al descubierto, justo frente a él, que de inmediato pasó su lengua alrededor de los pezones, los lamía con una delicadeza que me excitaba aún más y me hacía gemir.

Luego de eso lo volteeé, era momento de darle placer a él, así que mi boca fue directo a su pene. Al terminar de sacar el bóxer salió aquel monstruoso monumento, era tan grande y grueso de alguna manera se me hacía agua la boca.

Lo introduje dentro de mi boca y comencé a hacerle sexo oral.

Él solo gemía, tomaba mi cabeza y con un golpe suave hacía que yo bajara y subiera por todo aquel mástil.

Luego de eso él me volteó y quitó mis pantis del camino, abrió mis piernas y me hizo sexo oral a mí. Estaba excitadísima, la sensación de su lengua pasando por mi clítoris era algo que jamás había sentido.

Sentir lo húmeda y caliente que era su lengua me hacía gemir aún más.

En ese momento no me importaba si era pecado, si estaba mal, no me importaba si nos veían, no quería que terminara aquel momento tan perfecto y tan morboso, estaba lleno de adrenalina y de deseo.

Estábamos al tope los dos, tanto así que era momento de que él estuviera dentro de mí.

Recuerdo todo aquel momento tan perfectamente, introdujo su pene dentro de mi vagina y con movimientos primero suaves comenzó un tira y empuja que me hacían agarrar las sábanas y apretarlas por el placer que sentía.

Luego de eso sus movimientos comenzaron a ser más rápidos, cada vez más rápidos, hasta un punto en que parecía una máquina descontrolada, todo estaba siendo tan excitante que de pronto yo gemí de una manera sobrenatural, un gemido fuerte y contundente, había llegado a mi orgasmo como nunca lo había experimentado.

Luego de un par de minutos él hizo lo mismo, la excitación le fue tanta que acabó dentro de mí, sus fluidos se desparramaron dentro de mí. Quedamos exhaustos después de eso.

Él fue al baño a darse una ducha mientras yo me acomodaba para hacer lo mismo. Mientras él estaba en la ducha me dio curiosidad un cajón que había en la habitación y que aquella vez no pude abrir.

Mi sorpresa fue aterradora: al abrir aquel cajón encontré 3 expedientes. Eran de mi familia.

Mi madre, mi padre y yo, cosas de nosotros, horarios, fechas de nacimiento, cuentas de bancos, todo lo que se pudiera saber de nosotros.

Mi mundo se estaba derrumbando y no sabía por qué.

¿Por qué un cura tendría unos expedientes de esa magnitud?

Al salir del baño me vio con los expedientes en la mano, y su rostro lo delató.

—¿Qué haces con eso, Alexandra?

—Esa pregunta debería hacerla yo a ti.

—Puedo explicarlo.

—Espero que lo hagas.

—No soy sacerdote. Soy un agente especial. Estoy encubierto para descubrir a una organización que se especialista en lavado de dinero y en narcotráfico.

—¿Qué? ¿Qué tiene eso que ver con mi familia?

—El bufete de tus padres está involucrado, creemos que los cabecillas de esta organización son tus padres Alexandra.

—Eso es mentira, una maldita mentira.

—Hablemos y cálmate, por favor.

—No quiero calmarme, me mentiste, me dijiste mentiras desde el principio. ¿Enamorarme, hacerme todo esto era parte de tu maldito plan?

—Mi plan era acercarme a ti, pero todo se complicó cuando te vi, supe que eras la mujer para mí. Por eso quise alejarme, pero al verte el día de las fiestas no pude resistirme.

—Pensé que eras diferente, me hiciste creer que yo era culpable de tantas cosas, y el que mintió y era una farsa eras tú.

—Te quiero de verdad, Alexandra, de verdad que te quiero.

—Eres un cruel mentiroso.

Me fui corriendo de aquel lugar, me vestí como pude, recuerdo que mi brasier no lo conseguía, lo tenía él en las manos con una cara de arrepentimiento, pero no me importó. Tome mi brasier y me fui de aquel lugar corriendo y llorando.

Me fui, corrí y corrí; era algo absurdo, pero las nubes se tornaron grises, el sol se escondió, era como si el mundo sintiera mi dolor y me acompañara en aquella situación. La lluvia empezó a caer, era tanta agua que parecía que las casas se inundarían; llegué a mi casa toda empapada y llena de ira. Aquel hombre me mintió, el amor a primera vista no existe, eso me decía.

Sabía que me dolía más porque no era solo un gustar, yo me enamoré, yo lo amaba y eso me dolía, me molestaba.

En casa estaba mi madre y mi padre. Enojada los confronté de inmediato, quería que me dijeran que todo era mentira, que todo era falso y que lo sucedido era un malentendido.

—Mamá, papá, quiero preguntarles algo.

—Adelante, hija, te escuchamos—, dijo mi madre.

—¿Tienen algo que ver con lavado de dinero y narcotráfico?

—¿Qué es esa pregunta, Alexandra?

—Hija, ¿te encuentras bien?

—No me mientan más. Estoy cansada de las mentiras, ¿tienen o no algo que ver con eso? Hay una investigación sobre ustedes, quiero saber que es mentira.

—¿Investigación? ¿De qué hablas?

—Los están siguiendo, a todos, en realidad. Ángel no es sacerdote, es un agente de la policía y tiene expedientes de toda la familia. No mientan, ¿son o no son unos mentirosos?

Mi madre no dijo nada, pero mi padre empezó a actuar desesperadamente, sus manos sudaban, su rostro se puso pálido; nunca aceptaron que eran eso, pero sus reacciones eran más que suficientes.

—Todos me mintieron, son unos malditos ladrones.

—No te permito que nos hables así, Alexandra. Hicimos lo que teníamos que hacer para mantener a esta familia.

—Hay millones de cosas que pueden hacer, pero no lo que hacen. Eres una hipócrita, madre. Vas a la iglesia, te crees una santa, te crees con el derecho de juzgar a quien se te dé la gana

y mírate, eres una mentira, una basura.

El respeto a mis padres se había esfumado, estaba cansada y harta.

Mi padre salió de la sala a su habitación como loco desquiciado, mi madre lo siguió y yo me quedé en la sala llorando sin decir más, solo lloraba y lloraba.

Minutos más tarde escuche un ruido de algo quebrándose, luego vi a mi padre con una maleta bajar rápidamente. Me levanté y le pregunté qué pasaba.

—No te preocupes, mi cielo, todo está bien. Ahora debes escapar, irte y no volver por aquí.

Vete sola, tu madre no es lo que parece y de eso te estás dando cuenta.

—¿Te vas? ¿Me dejas?

—Lo siento, mi niña. Te amo.

Eso fue lo último que escuché de mi padre, un lo siento y un te amo.

En ese punto estaba en shock, mi padre había huido de mi casa, subí a ver a mi madre y la encontré en su habitación con una ventana rota, ella con la mano ensangrentada y con una cara de mujer psicópata.

—¿Mamá, estás bien?

—Los hombres son una porquería, no sirven para nada.

Recuerdo ver su rostro, era algo que daba miedo, la miré, pero no me le acerqué, le tenía miedo a mi propia madre.

En ese momento escuché un ruido muy fuerte, bajé a ver qué era lo que sucedía.

Cuando bajé vi a policías entrar en mi casa, vi cómo destrozaban el lugar, vi cómo mi casa, el lugar donde había crecido, estaba siendo destrozado; en ese momento estaba ya a punto de un colapso.

De pronto los policías apuntaron sus armas a donde yo estaba y me asusté, pensé que iba a morir,

pensé que dispararían y todo acabaría.

No tenía nada que ver y, sin embargo, creo que fui yo quien perdió más.

De repente sentí que un brazo entrelazó mi cuello; era mi madre que me había puesto como su escudo humano.

Con una mano me tenía a mí, con la otra sostenía un arma y la apuntaba a mi cabeza.

Su rostro, su voz, toda ella era una mujer completamente distinta, no sé quién era esa mujer que me amenazaba con una pistola, no era mi madre, era un ser despreciable.

—Todos bajen sus malditas armas o si no le vuelo los sesos a mi hija y luego me los vuelo yo.

Ellos no bajaron sus armas, las mantenían firmes. No les importaba en realidad que yo muriese, era la hija de un par de locos ladrones y narcotraficantes.

En eso llegó con un uniforme Ángel, por alguna razón en un momento pensé que se veía tan lindo, aun más lindo con el uniforme ese que el de sacerdote.

Él, al verme en esa posición, cambió su rostro, estaba asustado, nervioso, fuera de sí.

—Tomasa, suelta a Alexandra, esto se acabó, estás acorralada.

—Vamos, padrecito, usted debe saber mejor que yo que existen los milagros.

Yo estaba en medio y no sabía qué hacer.

—Mamá, por favor, suéltame. Debe haber otra manera. Debe existir otra forma de resolver esto.

—No las hay, esta es la única que existe. Ahora cállate.

Ángel estaba poniéndose más nervioso aun.

—¿Qué quieres que hagamos, Tomasa?

—Que todos se vayan, déjenme con mi hija, quiero que todos se larguen de mi casa, nos quedaremos solo mi hija, tú y yo.

—Está bien, Tomasa.

Ángel retiró a todo su grupo de combate y nos quedamos en aquella casa solo nosotros tres.

—Muy bien, padrecito, quieres que te diga policía. La verdad, ya no sé ni qué eres.

—Suelta a Alexandra, Tomasa, ella no tiene nada que ver.

—¿Que no tiene que ver?

—No. Ella es inocente y tú lo sabes.

—¿Te enamoraste de ella? Qué patético.

—Es tu hija, no vas a lastimar a tu propia hija.

—Esta mocosa es una estúpida igual que su padre, debí deshacerme de ella cuando pude.

Esas palabras me dolieron más que una bala en el corazón. Mi ira estaba ya en un punto inexplicable, esas palabras eran las últimas que mi madre diría. Como pude me liberé de ella y corrí hacia donde estaba Ángel.

Al bajar las escaleras vi como mi vida pasaba ante mis ojos, todo se puso en cámara lenta, era como si me dieran una reflexión de todo lo vivido.

Esa casa era mi aposento, mi herencia; en esa casa viví lo mejor y lo peor, era mi casa y ahora estaba siendo destruida, todo se esfumaba de una manera tan rápida que no me daba tiempo de reaccionar; tenía el miedo a flor de piel y a la vez la nostalgia era mi compañera en aquel atentado.

Llegué hasta los brazos de Ángel, él me abrazó con tanta fuerza como queriendo decir de que no me soltaría y no dejaría que nada me pasara; para mi madre eso era algo asqueroso, en su rostro se notaba. Estaba eufórica y llena de ira, en su mirada se reflejaba el mal que estaba acumulado dentro de ella desde hacía tanto tiempo.

Empezó a detonar el arma que cargaba, Ángel como pudo me tomó y me lanzó al piso con él encima de mí protegiéndome. Como pudimos nos arrastramos hasta la cocina; allí se quitó su chaleco antibalas y me lo paso a mí.

—Ponte mi chaleco, te va a proteger.

—¿Y tú cómo harás?

—No te preocupes por mí. Tú eres más importante.

Me paso su chaleco, pero yo no quería usarlo, temía por su seguridad. A pesar de que me mintió, de que me jugó sucio desde el principio, yo me enamoré de él y sé que él se enamoró de mí.

En el apogeo del momento, cuando decidíamos quién usaría el chaleco, mi madre apareció y, con el arma dirigida hacia donde estaba yo, haló el gatillo.

Dos disparos se escucharon en aquella cocina, de los cuales uno falló y el otro dio en el blanco.

El proyectil no llegó a mí; Ángel se interpuso para defenderme y la bala le dio a él, justo en el pecho.

Él cayó justo frente a mí.

Mi cara era de perplejidad, estaba en shock completo, mis lágrimas salían sin avisar, aquel hombre recibió una bala por mí.

En el suelo se encontraba aquel hombre que me hizo la mujer más feliz del mundo por un corto pero hermoso tiempo.

—¡Ángel! Por favor, Ángel, aguanta.

—Alexandra...

—No digas nada, por favor, no digas nada. ¡Aguanta!

Al desbrochar su camisa me di cuenta de que el disparo le llegó justo en el corazón, sabía que si no se atendía rápido no iba a durar mucho. Mi cuerpo estaba inerte, frío como si estuviera muerta,

no podía pensar, una estudiante de medicina nos sabía qué hacer en esa situación; estaba en blanco, solo pensaba que si él moría, yo moriría con él.

—Por favor, Ángel... No me digas adiós.

—Alexandra, lo siento...

—No digas más, todo está bien, lo entiendo.

—Te amo.

Eso fue lo único que escuche de él, un te amo.

Mi madre aún estaba enfrente de nosotros, el piso de mármol blanco se había teñido de rojo por la sangre, mi ira estaba en su límite, mi propia madre había asesinado a aquel hombre que me hacía feliz.

—Siempre fuiste una niña débil, no sabes dividir tus emociones de la realidad, él no te quería de verdad. Todo fue una trampa, y como una estúpida niña caíste.

Ángel tenía un arma escondida en su espalda, me percate que allí estaba mientras mi madre seguía hablando y alardeando de quién sabe qué, saqué el arma y sin pensar simplemente hale el gatillo con los ojos cerrados.

Al abrir mis ojos vi a mi madre tirada en el suelo con una bala justo en la frente, mis manos temblaban, lancé el arma como un reflejo; había disparado un arma por primera vez y asesinado a mi propia madre con ella.

Los policías llegaron y empezaron a registrar, a tocar a los cadáveres pensando que seguía alguno vivo, pero no era así.

Me sacaron de la casa y me llevaron a una comisaria donde testifique lo que sabía.

Me absolvieron de todo cargo, pues sabían que yo no tenía nada que ver; pensaron que la muerte de Ángel y Tomasa fue entre ellos mismos y que yo jamás hale un gatillo o por lo menos así lo quisieron dejar.

Mi madre fue cremada como siempre lo quiso. Sus cenizas las esparcí en un lugar donde sabía que no tendría descanso: su propia casa.

Ángel fue sepultado en el cementerio de su ciudad natal; allí me mudé yo con el tiempo para estar de alguna forma cerca de él.

Mi padre fue descubierto en su escondite y, en su intento de huida, el barco donde navegaba naufragó; hay quienes dicen que murió ahogado o comido por tiburones. Pienso que mi padre, que era más astuto, seguro sobrevivió y debe estar quién sabe dónde dándose una gran vida.

A los meses de todo ese caos me enteré que estaba embarazada; con el tiempo supe que tendría mellizos, un niño y una niña.

Ya ha pasado un año desde aquel momento fatídico en que perdí a mi familia y al único hombre que me he interesado, pero a la vez obtuve una bendición, mis hijos, Ángela y Ángelo.

Las cosas están tranquilas y marchan como deberían, dejé mis estudios de medicina y ahora trabajo en una oficina de recursos humanos; mis hijos están creciendo y se parecen cada día más a su padre.

Como ven, hay historias que terminan como deberán terminar, pero tampoco tienen un final triste, esta es mi historia. La historia de una chica cualquiera que se enamora de un sacerdote que termina siendo un policía encubierto, soy aquella chica que vivía con un par de desconocidos a los cuales llamaba padres; esta es mi historia, algo fuera de lugar y poco creíble, pero real.

Los amores serán eternos en la medida en que se piense en ellos y en la medida de la intensidad con la que se ame, no importa el tiempo que se conozcan ni lo que hayan pasado, lo importante es el sentir que se lleva por dentro.

Así que jamás desistan de sus amores y nunca le den la espalda a aquel que dice que los ama y, sobre toda las cosas, no dejen que alguien les diga “Adiós”.

**Fin.**

Te agradeceríamos muchísimo si nos puedes dejar un comentario sobre el libro en la plataforma donde lo adquiriste, ya que eso nos ayudará a que otras personas puedan obtenerlo también.

Gracias :)

Asimismo, a continuación te compartimos una lista otros libros de nuestra producción:

## Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

## **Recibe Una Novela Romántica Gratis**

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.